

# Paraíso

En el bosque milagroso todo era felicidad; los pájaros le cantaban a la mañana, y el viento arrullaba las hojas de los árboles dándoles los buenos días, pero un día sin avisar llegó una peste y trajo miseria.

Un frondoso roble vio como sus hojas cambiaron de verde a amarillo, su cascara se podría y su corazón se marchitaba lentamente. Una mañana calida de febrero, una princesa de un reino maravilloso se presentó al bosque y con ella llegó la felicidad. A los primeros rayos del sol aquella encantadora joven de ojos negros y mirada sublime perfumaba el bosque con su encanto, contemplaba al roble y nunca se marchaba sin darle un beso.

Él, con su perfume, su sentido del humor, bondad y carisma atrajo la mirada de la princesa, él vio como sus hojas reverdecían y se enamoró de la dulzura y la belleza de la doncella. El roble sufría cada noche que su princesa regresaba a su reino. Su amada provocaba largas horas de insomnio, ruegos e impotencias, pero también los más sublimes sueños. Cada noche alzaba la mirada al firmamento y exprimía sus deseos. ¡Quiero ser humano” suplicaba.

Sus ruegos llegaron a lo más alto del universo. Dios lo escuchó y vio que era bueno. Y convirtió sus hojas en cabellos y sus ramas se volvieron sus manos y pies para caminar. El corazón y sus pensamientos eran de humano. Había cumplido su primer deseo, pero deliraba y no veía la hora de encontrarse con los ojos negros de su princesa que brillaban como dos luceros.

Una perfumada mañana, “el hombre roble” recorrió el bosque y se sentó junto al frondoso tronco de un aguacate, y ahí llegó ella, dispuesta a desnudar sus sentimientos y regalar el perfume de su primer amor. Juguetearon con las manos, se desgastaron sus labios a besos y más tarde cayó una prenda real sobre el manto espeso de hojas secas.

La boca del “hombre roble” bajó por el cuello de la princesa hasta terminar en medio de dos hermosos volcanes que producían miel. Más hacia el Sur un surco de laureles señalaban el camino hacia la gruta maravillosa. Él recorrió con su boca centímetro a centímetro aquella ruta de leche y miel hasta terminar en el aposento sagrado de la doncella.

Sacó su llave maestra y entró por la rendija más sublime de su cuerpo. Ella lucía sudorosa y ruborizada, sus labios temblaban y no podía producir más que gemidos. Habían fundidos sus cuerpos para recorrer el firmamento del placer, tocaron las estrellas y están atrapados en un paraíso llamado amor.